

los que hayan acabado los estudios de filosofía y teología, sea en el Seminario Pío, sea en el Romano, habrán de cursar por espacio de un año entero, dejado aparte todo otro estudio, en las clases de perfección de literatura patria, latina y griega, fundadas de orden del mismo Pontífice en 1885; y á estas mismas clases asistirán por obligación los que estudian el primer año de jurisprudencia. Todo este empeño, al paso que es un glorioso timbre para la Iglesia Católica, por revelar cómo siempre ha sido protectora y propagadora de cuanto eleva y ennoblece á las naciones; es también una norma, que muestra á los fieles el ánimo que deben tener respecto á estas materias, buscando para sus hijos la sólida educación que tales estudios cristianamente dirigidos procuran, estimándolos ellos mismos como joya de subido precio que enriquece el tesoro de la gran familia cristiana, y contribuyendo con su juicio y autoridad para que todos sean estimados. Esta es la razón que muchas veces ha movido á familias sinceramente católicas; las cuales, como adivinando con instinto cristiano cuál es el más seguro proceder, han dado el ejemplo de sacrificar otras conveniencias á la de que sus hijos estudiasen la literatura clásica latina.

CAPÍTULO V

DE LA GUERRA CONTRA LOS ESTUDIOS CLÁSICOS
Y PARTICULARMENTE CONTRA EL LATÍN

§ I

DESPUÉS de haber probado que no sin gravísimos motivos abogamos por la conservación de los estudios clásicos en la segunda enseñanza, réstanos conocer cuáles son los enemigos de estos estudios, qué causa les incita y qué táctica emplean al combatirlos: sabedores así de su estrategia, no seremos víctimas de una sorpresa, y calando sus intentos y reconociendo sus personas, echaremos mano del criterio más seguro para juzgar de la bondad de una causa, cual es el examinar quiénes son sus favorecedores, quiénes sus adversarios y qué les mueve á tan porfiada lucha.

Dilucidaremos por tanto esta triple cuestión, que es de capital importancia para el objeto que en este trabajo nos proponemos; pues la guerra que se ha hecho y hace contra los estudios clásicos, no tanto procede de aversión que á ellos tengan los que más se distinguen en impugnarlos, cuanto de mezquina rivalidad de partido y ciego fanatismo de secta ó caprichoso antojo de seguir la corriente de la moda.

El primer enemigo de las letras clásicas que nos ofrece la historia, es Juliano el Apóstata. No aborrecía él, á la verdad, estos estudios; pero odiaba de muerte la Religión y la Iglesia Católica. Veía cómo los cristianos se apoderaban, según la expresión de los Santos Padres, de las riquezas de Egipto, aprovechándose de los tesoros en los clásicos encerrados, para formar hombres doctos é insignes oradores, que rebatiesen vigorosamente las fábulas y ridiculeces del paganismo; y para privarles de tan grande fruto, expidió un decreto en virtud del cual debían desaparecer de las escuelas cristianas estos autores, en que los fieles aprendían la pureza y perfección de la lengua y el arte de la elocuencia, educando á la vez las facultades de los jóvenes, y considerándolos como el sólido fundamento de los estudios posteriores de toda la vida. Con este decreto, apoyado en razones ridículas y en blasfemias contra la Reli-

gión se jactó de haber favorecido en gran manera la libertad de enseñanza; por donde también se verá, que es usanza ya muy añeja la de maniatarle á uno en nombre de la mismísima libertad. Pero aun los mismos escritores gentiles contemporáneos del Apóstata, á pesar del empeño servil que manifiestan en elogiar todos sus actos, no pueden contener la indignación al hablar de este decreto, y Amiano Marcelino llega á calificarlo de "disposición cruel y tiránica, cuya memoria fuera mejor sepultar en perpetuo silencio."

La más notable guerra que después de Juliano se ha movido contra los estudios clásicos, y especialmente contra el latín, proviene de los pseudo-reformadores del siglo xvi, á quienes siguieron más tarde sus hipócritas herederos los jansenistas. Con el aparente pretexto de difundir la instrucción en el pueblo, se dieron los protestantes á publicar obras escritas en el lenguaje usual, esparcieron por doquiera traducciones de la Sagrada Escritura, y llevaron sus pretensiones hasta querer que se pusiese en el idioma de cada pueblo la Liturgia eclesiástica. Con estas innovaciones forzosamente había de decaer el vigor de las letras clásicas, lo cual hacía escribir al mismo Erasmo: "A estos evangélicos (los luteranos), entre otras muchas razones, los detesto particularmente porque en

todas partes por causa de ellos se resfrían, decaen, son despreciados y se arruinan los estudios de las buenas letras,, (lib XIX, carta 50); y en otra parte dijo: "Donde quiera que reina el luteranismo perece la literatura,, (lib. XIX, carta 56). Por lo que hace á los jansenistas, los farsantes ascetas de Port-Royal, con el malhadado método de sustituir en las escuelas el uso del latín por el idioma vulgar, infirieron á las letras la más profunda herida que han recibido y que pueden recibir, como no sea su total supresión.

Siguen á éstos los representantes del clero cismático, llamado constitucional ó juramentado, quienes en el Conciliábulo que tuvieron en 1797, propusieron el plan de que en la enseñanza del latín en los Seminarios, los autores clásicos paganos fuesen sustituidos por autores eclesiásticos. Es manifiesto que el proyecto no tendía á la abolición del latín, pero lo combatía y lo debilitaba; pues dejando á un lado los más perfectos modelos, nada le importaba que se alterase y perdiese de su perfección, conforme en la misma propuesta se expresa diciendo: "El fin que debemos proponernos no es tanto la pureza de la lengua latina, como poner á los alumnos en estado de entender los autores eclesiásticos; muy puro es el latín de San León, de Sulpicio Severo y de Lactancio, apellidado el

Ciceron cristiano; pero aun cuando hubiésemos de perder algo por el lado de la índole de la lengua, quedaría la pérdida compensada con exceso por los grandes beneficios que de ello resultarían., El Sínodo cismático había tenido por antecesor á Savonarola, quien de religioso lleno de celo que primero había sido, se convirtió después en agitador político y rebelde á la Santa Sede: aquel innovador había propuesto un método en que eran excluidos de la enseñanza del latín Cicerón, Horacio y Virgilio, y únicamente admitidos los Santos Padres. También ha tenido imitadores y continuadores, entre los cuales se han distinguido Lamennais, primeramente afanado en reformar la Iglesia de Dios á su modo y conforme á sus ideas, y luego apóstata de la fe y revolucionario, y el P. Ventura Ráulica, amigo suyo y también partidario de novedades, que tan triste papel desempeñó durante el cautiverio de Pío IX, aunque después reparó con cristiana entereza sus pasados yerros. La misma opinión han adoptado varias personas muy recomendables y bien intencionadas, movidas, á nuestro juicio, por razones especiosas; á quienes no es nuestro ánimo incluir en el número de los enemigos sistemáticos de las lenguas clásicas. Pueden añadirse á los mencionados enemigos, los cismáticos griegos, y particularmente los rusos, que

con todas sus fuerzas y con repetidos decretos se empeñan en abolir el latín de la Liturgia católica en Polonia.

Todos los hasta aquí citados tendían á debilitar más ó menos el latín, y aun algunos con el transcurso del tiempo hubieran llegado al extremo de abolirlo; pero en general no lo intentaban directamente. Mas desde el siglo pasado, los preparadores y actores de la revolución francesa abandonaron esos trabajos de zapa y emprendieron la obra á campo abierto. En 1762 D' Alembert eliminaba de su plan de estudios los ejercicios de composiciones latinas en prosa y verso; y en 1791, Talleyrand suprimió absolutamente el latín en la segunda enseñanza, de modo que, según su designio, hasta la teología se había de enseñar en lengua vulgar.

En el siglo presente, el liberalismo, que en lo fanático no va en zaga á secta alguna de las que le precedieron, ha declarado al latín una especie de guerra universal, y en muchas naciones á cada paso se oye declamar contra su cultivo, considerándolo como inútil, y exigiendo que se le sustituya por otro de más inmediatos resultados. Y tan valida anda esta engañosa idea, que muchas personas de recta intención, y aun profesores del mismo ramo, y, lo que es más de sentir; hasta algunos Sacerdotes llegan á persuadirse de que tiene algún sólido fundamento.

Lo extraño es, cómo en tan desfavorables circunstancias perseveran estos estudios en el estado relativamente próspero que antes hemos visto, y no se hallan abandonados del todo.

Otros enemigos, harto numerosos, tienen los estudios clásicos, y son los que no conocen el latín y el griego, á los cuales hoy con más razón que nunca, puede echárseles en cara lo que á fines del siglo pasado escribió Lorenzo Hervás, juez tan competente en el asunto, que un crítico moderno (Menéndez Pelayo) le apellida "padre de la filología comparada, y uno de los primeros cultivadores de la etnografía y de la antropología". Dice, pues, este ilustrado y doctísimo escritor: "La tropa de gentes semi-literatas, que injustamente dan al siglo presente el nombre de ilustrado, ha querido desterrar al reino de las tinieblas la lengua latina... Algunos modernos se esfuerzan á proponer y probar como superflua la lengua latina, y como idioma en cuyo estudio se pierde inútilmente el tiempo; y lo más admirable es que *ninguno de ellos ha dado muestras de saber el latín, y varios de ellos (según común fama) le ignoran totalmente...* Los antilatinos no pueden ser buenos jueces en causa que no han estudiado, ni entienden." Y buscando Hervás la causa de esta antipatía, pone el dedo en la llaga cuando dice: "Los antilatinos leen algunos libros eruditos en len-

gua vulgar y se creen doctos, y como tales quieren ser reputados; y porque á esta común reputación perjudica la ignorancia del latín, pretenden infamar á éste, por no ser infamados por ellos, ¹. ¿No es esta la verdadera razón que algunos tienen para hablar contra el latín y los estudios clásicos? ¡Vamos! que sí les gustaría entender á Homero ó á Virgilio sin necesidad de lazarillos; pero cuando ven que esto les es imposible, se encogen de hombros, como á quien no se le da un ardite, y se vuelven hechos viboreznos contra los pobres clásicos y el latín, que no necesitan por cierto de mejor defensa que las diatribas con que esos bachilleres tratan de ocultar su ignorancia.

Por la sencilla enumeración que acabamos de hacer se ve, que de los adversarios de los estudios clásicos, y particularmente del latín, unos combaten su uso en este terreno, otros en otro diferente; se valen unos de tal pretexto, otros del que parece contrario; pero siempre se descubre que, en vez de atacar por convicción este género de estudios, obran más bien por espíritu de bando, y toman las letras como arma de partido para fines muy diversos de los que en apariencia les mueven.

¹ *Historia de la vida del hombre*, parte I, lib. IV, cap. V.

§ II

A fin de que los católicos puedan penetrar más á fondo en la cuestión de que venimos tratando, no estará fuera de propósito el que les ayudemos á conocer cuál sea la causa de tan porfiada guerra contra las letras clásicas. En efecto "el humano linaje, según palabras de la Santidad de León XIII en la admirable Encíclica *Humanum genus*, desde que por envidia del demonio se separó miserablemente de Dios, al cual era deudor de su existencia y dones sobrenaturales, se dividió en dos campos enemigos, que no cesan de pelear, uno por la verdad y la virtud, otro por todo lo que es contrario á la virtud y á la verdad. Es el primero el reino de Dios sobre la tierra, es decir, la verdadera Iglesia de Jesucristo, cuyos miembros, si quieren serlo de veras y alcanzar su salud, necesariamente han de servir á Dios y á su Hijo único con toda su alma, con toda su voluntad. Es el segundo el reino de Satanás. Bajo su imperio y su poder se encuentran todos los que, siguiendo el funesto ejemplo de su jefe y de nuestros primeros padres, se resisten á cumplir la ley divina, y de mil modos se

esfuerzan, ora por pasarse sin Dios, ora por obrar directamente contra Dios. »

Este segundo campo, ó sea el de los enemigos de Dios, aborrece con odio profundo cuanto procede de la Iglesia Católica. Lo que en cualquier otro le parece laudable, en la Iglesia lo juzga por digno de vituperio; y así, por ejemplo, le vemos ensalzar la continencia en las vestales y detestarla en los cristianos; ni pueda tolerar que la Iglesia haya hecho bien al mundo, y si pudiera, borraría todos los rastros de civilización, que recuerdan la benéfica influencia que ejerció sobre los pueblos. Este odio ciego se revela á veces en actos extravagantes como aquel en que la Revolución francesa quiso alterar los nombres de los meses y el orden de contar los días y los años; y en la rareza más reciente de Camilo Flammarión, quien ha ofrecido un premio de 6.000 francos á quien le presente el Calendario más acabado, con tal que nada tenga del Calendario gregoriano. Tan profundo encono abriga, que, á pesar de ser el gregoriano un Calendario que para los usos civiles se puede llamar perfecto, no quiere que la sociedad goce de este bien, sólo por ser obra de un Papa!

Este espíritu, pues, que de la Iglesia ni el bien quiere recibir, es el que ha movido y suscita la guerra contra los estudios clásicos, que

ella siempre ha protegido. Para persuadirnos de ello, basta recorrer uno por uno los enemigos que en el párrafo anterior hemos mencionado. Del Apóstata Juliano afirma Amiano Marcelino¹, historiador gentil, que escribió á raíz de los sucesos, que la causa por que publicó el edicto expresado fué “para estorbar de esta manera el que muchos se pasasen del culto de los dioses (esto es, de los ídolos) al de los cristianos. » Y León XIII, en su carta de 20 de Mayo de 1885 al Cardenal Vicario de Roma, dice: “Se comprende cuán artero y lleno de maldad fué el ardid del emperador Juliano, que prohibió á los cristianos dedicarse á los estudios liberales; pues estaba bien persuadido que caerían en desprecio estando destituidos de letras, y que no podría medrar largo tiempo la comunidad cristiana, si se la reputase ajena á estos conocimientos. »

Por lo que toca á Lutero y á los protestantes, bien sabido es el odio que profesaban á la Iglesia Romana: no ignoraban que siendo el latín lengua oficial de la comunión católica, es un lazo precioso que une entre sí á todos sus miembros; y sabían asimismo que este idioma contiene el tesoro de las antiguas tradiciones, en las cuales se encuentra la condenación

¹ *Ann. Marcell.*, lib. XXII, cap. X.

de sus novedades. Previeron igualmente con su artera sagacidad, que circulando en lenguaje vulgar las obras teológicas, la Biblia y la Liturgia, decaería hasta en el clero el estudio del latín, con gravísimo detrimento de su formación en las ciencias eclesiásticas; y en consecuencia la unidad católica habría de sufrir no pequeña mengua, cuando el Jefe del Catolicismo no pudiese hacer comprender directamente su palabra soberana á todos sus fieles súbditos esparcidos por el mundo entero; y las divinas Escrituras perderían gran parte de su eficacia, usándose comunmente en traducciones destituidas de autenticidad canónica.

Acerca de los jansenistas, he aquí el juicio del conde de Maistre: " Nada aumentó tanto la fuerza de Port-Royal sobre la opinión pública como el uso exclusivo que hicieron de la lengua francesa en todos sus escritos. Sin duda sabían el griego y el latín, aunque sin ser helenistas ni latinos, lo que es muy diferente: pues ningún monumento de verdadera latinidad salió de su escuela y ni aun el epitafio de Pascal supieron hacer en buen latín. En este uso exclusivo, además de la razón de incapacidad, que es incontestable, otra de puro instinto conducía á los solitarios de Port-Royal. La Iglesia católica, establecida para creer y amar, no disputa sino con repugnancia; si se ve precisada á en-

trar en la lid, quisiera á lo menos que no se mezclase el pueblo en la disputa. Así, habla voluntariamente en latín y sólo se dirige á los hombres sabios. Por el contrario, las sectas necesitan del pueblo, y sobre todo de las mujeres. Los jansenistas, pues, escribieron en francés; y esta es una nueva prueba de conformidad con sus *primos* (los protestantes). El mismo espíritu de democracia religiosa los condujo á inundarnos de traducciones de la Sagrada Escritura y de los Oficios divinos. Lo tradujeron todo, hasta el Misal, para contradecir á Roma, que por razones evidentes nunca ha gustado de estas traducciones „ ¹. No será menester más para comprender que al mismo origen debe atribuirse la tentativa del Conciliábulo de 1797; pues, como demuestra Crétineau-Joly en su preciosa obra *La Iglesia Romana y la Revolución*, el clero juramentado no era más que el sucesor y heredero de los jansenistas.

De Lamennais, que quiso resucitar la reforma del clero constitucional, dice el mismo Crétineau: " Sabedor por secular experiencia de que la herejía siente horror por la lengua latina, proscribela pura latinidad, y se propone darle muerte, en cuanto conoce que providencialmente será siempre indispensable para la

¹ *De la Iglesia galicana*, lib. I, cap. VI.

Iglesia, como depositaria que es de las verdaderas doctrinas dogmáticas, disciplinarias é históricas „¹.

Por lo que respecta á los cismáticos griegos, y en especial á los rusos, no es un misterio para nadie el fin que se proponen al esforzarse en desterrar el latín de la Liturgia de todos los pueblos que les están sometidos. Quieren arrancar las naciones de la comunión con la Iglesia Romana, y estiman que jamás han de poder lograrlo mientras no establezcan la diferencia de lengua en el rito, que fué la causa que facilitó y conserva su propia separación. Pues, como observa de Maistre, “la fraternidad que resulta de una lengua común es un lazo misterioso que tiene inmensa fuerza... Si la lengua latina se hubiese fijado en Kief, en Novogorod y en Moscou, jamás se hubiera arrancado de allí; y los ilustres esclavones, parientes de Roma por la lengua, no se hubieran echado en brazos de esos griegos degradados del bajo Imperio „².

Tocante á los revolucionarios del siglo pasado, dice el mismo ilustre escritor: “El último siglo, que se encarnizó contra todo cuanto hay de sagrado ó de respetable, no dejó de declarar la guerra á la lengua latina. Los franceses, que

¹ *La Iglesia Romana y la Revolución*, lib. IV.

² *Del Papa*, lib. I, cap. XX.

dieron el impulso, olvidaron casi enteramente esta lengua, y se olvidaron á sí mismos, hasta el punto de hacerla desaparecer de sus monedas, sin reparar ni advertir aun ahora, el delito que han cometido á un tiempo contra la razón europea, contra el gusto y contra la Religión. „ El P. Arsenio Cahour, de la Compañía de Jesús, demuestra ampliamente con hechos y documentos, que llenan toda la primera parte de su excelente obra *Los Estudios clásicos y profesionales*, cómo la guerra declarada al latín desde el siglo pasado procedió del odio de los impíos contra la Iglesia. Y la tan autorizada revista *La Civiltà Cattolica* (ser. IV, t. III) hace notar que este odio es la única causa, que se puede señalar fundadamente, del abandono en que de un siglo á esta parte ha ido cayendo la lengua latina en las obras de ciencia y en el uso de los sabios.

En orden á los enemigos que el latín y los demás estudios clásicos tienen en nuestros días, con decir que son los liberales, queda al descubierto la causa que los mueve; pues ellos mismos se glorían de ser herederos de los revolucionarios del 89, cuyos principios contiene el código de donde el liberalismo deriva sus doctrinas y la norma de sus hechos. De esta guerra contra el latín muestra *La Civiltà* (ser. IV, t. I) que es una consecuencia del

naturalismo político, herejía tan encarnada en las mentes de muchos, y que conduce directamente al término por ellos suspirado de hacer que desaparezca la Religión católica de la sociedad. « Y ciertamente, añade, para consumir en todas sus partes la separación entre la sociedad civil y la sociedad religiosa, ó como prefieren decir, del Estado y de la Iglesia, uno de los más eficaces medios es que aquél no entienda absolutamente la lengua de ésta, para quitar de raíz el único medio de comunicación directa que puede haber entre criaturas humanas, que es la palabra. »

No es, pues, una casualidad, sino una razón común de odio la que ha congregado á tantos enemigos de la Iglesia Católica para hacer de diversas maneras la guerra á los estudios clásicos y más en particular al de la lengua y literatura latina. Y con esto pueden advertir en qué compañía van y qué causa defienden aquellos pocos católicos que, directa ó indirectamente, han contribuído á su decadencia, los cuales en esta empresa, como sucede en algunas otras, han sido, sin quererlo ni pensarlo, instrumento de los malos.

§ III

Como remate de esta cuestión haremos notar la táctica que se ha observado en esta guerra insidiosa; pues para obtener el éxito que se esperaba ha sido necesario proceder muy despacio y con calculado arte, como quiera que se trataba de desalojar un enemigo que de largo tiempo atrás tenía tomadas posiciones en todo el orbe.

El primer intento de esta campaña fué deterrar el latín de las obras de texto y de los tratados científicos. Fácil cosa es comprender el alcance de este ataque: el estímulo más visible que se ofrece al ánimo de un niño para emprender con ahinco el estudio del latín, es la perspectiva de que sin él no ha de poder entender libro alguno de ciencia. Es verdad que hay otras razones más fundamentales, como ya dejamos expuesto; pero estas razones no se presentan tan de bulto que impresionen el ánimo de los niños, ni aun de aquellos que no son niños, sino es que hayan debido intervenir en la educación; por consiguiente, quitado este estímulo, el alumno pierde una gran parte de su afición, y es fácil proseguir adelante y alejar